

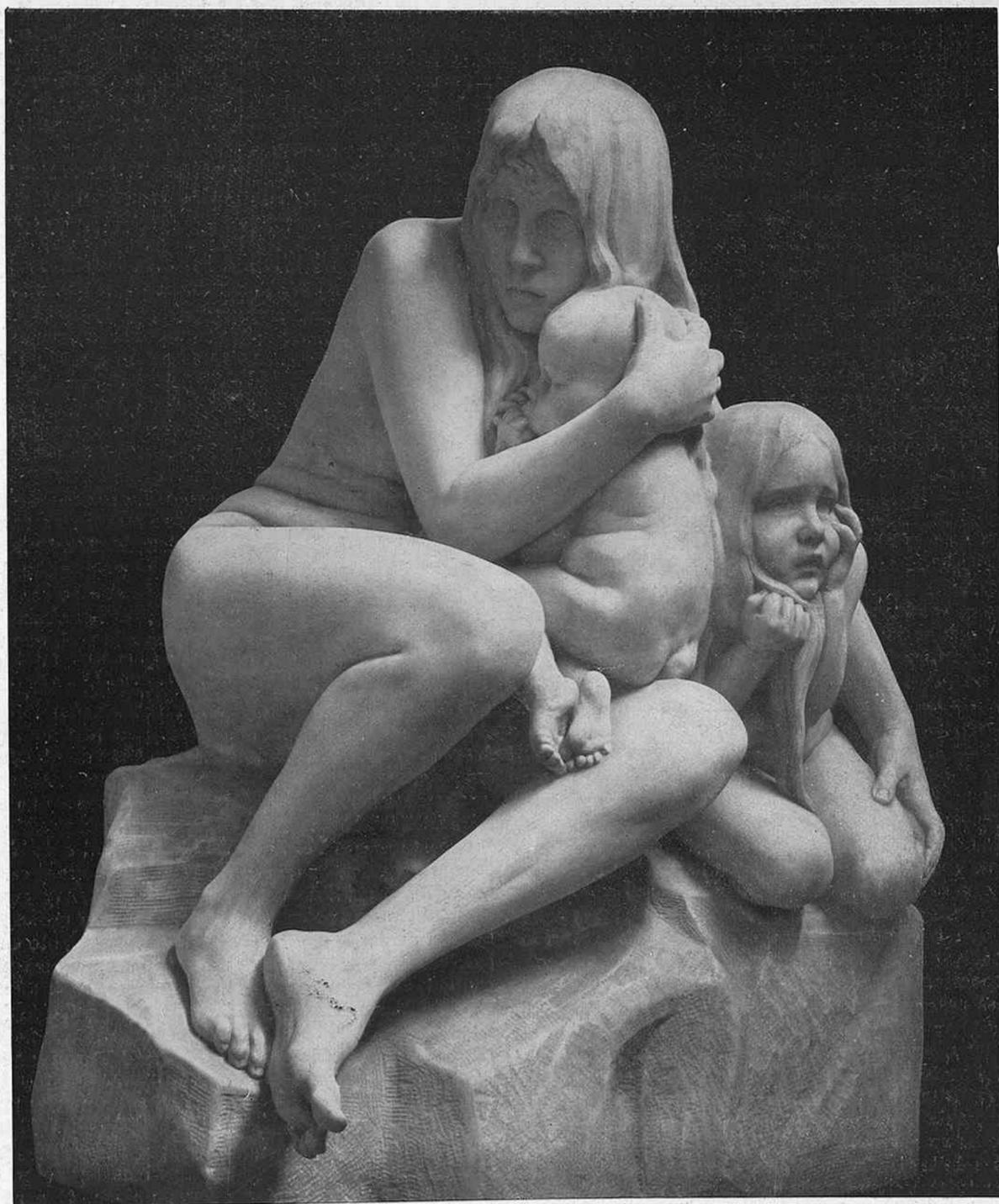
La Ilustración Artística

AÑO XXXII

← BARCELONA 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1913 →

NÚM. 1.653

MUNICH. - EXPOSICIÓN DE LOS SECESIONISTAS. 1913



LA MADRE, grupo escultórico de José Flossmann

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tercer tomo de los correspondientes a la serie del presente año, que será

LAS CREACIONES DE SCHILLER

arregladas en forma novelesca por Enrique Massaguer.

El tomo irá ilustrado con grabados originales de renombrados artistas alemanes representativos de las escenas principales de cada una de las obras del inmortal dramaturgo alemán.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *¡Retornol!*, por Joaquín Borda. — *La cuestión de Oriente*. — *De Marruecos*. — *Metz*. El 60.º Congreso de los católicos alemanes. — *Amado Morol*. — *La catástrofe de Talarin*. — *Emilio Olivier*. — *D. Ildefonso Suñol*. — *Cámara acorazada para caudales*. — *La hija del Sr. Mahú* (novela; continuación). — *Tendencias de la escultura japonesa moderna*. **Grabados.** — *La madre*, grupo escultórico de José Flossmann. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *¡Retornol!* — *Estatua que figura en el Capitolio de Minesota*, obra de Daniel Chester. — *Niños en la playa*, cuadro de J. Akkerringa. — *Idilio*, cuadro de B. Gili y Roig. — *Fausto y Margarita*, cuadro de A. Fillol. — *Notas de Oriente*, *Marruecos*, *Metz* y *Talarin*. — *El Kakemono*, cuadro de W. E. Webster. — *Ida Rubinstein*, retrato por A. de la Gándara. — *Amado Morol*. — *D. Ildefonso Suñol*. — *Emilio Olivier*. — *Cámara acorazada para caudales*. — *Esculturas japonesas* — *Melilla*. *Formidab e i cendio*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace ya algún tiempo que el Sr. D. Telesforo de Aranzadi me ha preguntado mi opinión acerca de una noticia y sus comentarios, publicadas ambas cosas en el periódico alemán *Die Umschau*. Diversas urgentes ocupaciones me impidieron responder, hasta la fecha presente, a la cortés súplica de ese señor, y ahora voy a hacerlo desde LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, puesto que se trata de un aspecto de la vida contemporánea española tan interesante como el que más.

Desde Santander, según parece, han escrito a *Die Umschau* lo que sigue: «En junio de este año, se darán aquí las más grandes corridas vistas hasta hoy. En vez de los usuales seis toros, se lidiarán dieciocho por los más afamados espadas. La lidia empezará a las nueve, y con un intervalo de dos horas al mediodía, durará hasta las siete u ocho.»

Véase el comentario de los alemanes: «Por término medio cada toro mata, durante la lidia, tres caballos, o les desgarran el vientre, de modo que cuelgan las vísceras, por metros de longitud. Los habitantes de Santander tendrán, pues, el goce de ver ante sus ojos, y en un día, morir atormentados setenta y dos animales; es decir, se cometerán setenta y dos asesinatos. En particular, el sexo femenino cae en verdadero éxtasis en tales casos, y no se sacia de ver correr sangre. Sería tiempo de que las sociedades protectoras de animales, en todas las naciones verdaderamente civilizadas, hiciesen algo contra este horrible espectáculo popular. Harían con ello mayor servicio a la humanidad, que agitándose contra la vivisección.»

Es la observación referente a la mujer lo que más ha dolido al Sr. Aranzadi, y lo comprendo. La cosa no lleva malicia. Por eso me pregunta afanosamente qué pienso yo, que soy mujer, de tales afirmaciones, que el director de la revista sostiene, asegurando que el caso del éxtasis femenino ante la sangre y las entrañas rotas, lo ha observado directamente en Sevilla, y se lo han confirmado muchos «entendidos en la materia». Voy a explicarme, con toda seriedad e imparcialidad, porque este asunto sale a relucir frecuentemente en el extranjero, y doña Concepción Arenal ha escrito, en verso, y no sé si en prosa, una diatriba contra las mujeres que asisten a los toros, o mejor dicho, contra las damas, haciendo notar el contraste entre la sensibilidad que afectan a diario, y su insensibilidad ante el espectáculo cruel.

Tengo que empezar por el principio, afirmando que cuanto malo hagan las mujeres en este particular, no les es imputable, porque, dígame lo que se diga, las costumbres son obra del hombre. Si lo fuesen de la mujer, le serían más favorables, más cómodas. La esencial molestia y angostura de la vida femenina procede de que el hombre ha arreglado las cosas a su gusto, como el Carrizales de la novela de Cervantes, *El celoso extremeño*. Apenas comienza a alborar un poco de libertad para la mujer, en las costumbres. Digo una libertad honesta; que la otra, ya sabían tomársela en el siglo XVII, y si no léase la misma novelita encantadora del Manco, y *El prevenido engañado*, de doña María de Zayas.

Ahora bien; siendo los toros, y esto nadie me lo negará, costumbre establecida por los varones; habiendo llegado a convertirse en una especie de frenético delirio de los mismos, delirio que crece todos los días y se revela por fenómenos morbosos como el de esa corrida monstruo, no cabe dirigir cargos a la

mujer porque asista a los toros, de los cuales oye hablar toda la semana, y por los cuales, el domingo, su hogar se vacía y su bolsillo se chupa. ¿No se presta a peores comentarios que los de *Die Umschau* el hecho de que, ahora mismo, un marido haya matado a su mujer, porque ésta, cansada de tan necio gasto, le rehusaba el dinero para el asiento en los toros?

Es preciso añadir que el comentario de *Die Umschau* es una de tantas muestras de esa idea fantástica que de la mujer española se ha formado, desde el Romanticismo acá, desde que existe un tipo de española de guardarropía en las letras; una española que lleva la navaja en la liga y la ferocidad en el alma. En este particular, los alemanes, que se la echan de documentados, están a la altura del inefable autor de *Sac au dos a travers l'Espagne*, libro que cuento entre los más regocijados de mi biblioteca.

En primer lugar, las generalizaciones son aventuradas. La mujer española, la mujer española... Las hay de todas clases, unas muy buenas, casi ángeles, otras no tan buenas, ni la mitad; y otras, bastante diabólicas. La inmensa mayoría, regulares con tendencia a lo bueno; y, en conjunto, excelentes madres, y personas de inteligencia despierta y viva y cuidadosas de administrar, ahorrar y sostener la casa.

Entre estas categorías de mujeres, que son poco más o menos las categorías universales, el género humano, mujeres como hombres, yo declaro, sin embargo, que no he conocido ni una sola que experimente lo que se llama placer al ver correr la sangre, ni en los toros, ni en parte alguna. Ahí es donde empieza la fantasía germánica.

He oído a todas, sin distinción, expresar repugnancia por la suerte de varas, que es sin duda la más innoble, y que, si no da lugar a *asesinatos* propiamente dichos — porque no es *asesinato* la muerte dada a un animal, como no son *cadáveres* (y este error lo cometen muchos, y lo cometió hasta la Academia) los despojos de un cabrito ni de un buey —, origina, al menos, escenas bárbaras. La prueba de esta repugnancia a la suerte de varas, es que, cuando empieza, vuelven la cara o se tapan con el abanico las señoras. En las cuales, al presente, ha decaído mucho el entusiasmo taurino. Otros *sports* y diversiones le disputan la moda. Son los hombres, y es en particular el pueblo, el que ha llegado a la apoteosis de la fiesta nacional. La burguesía, siempre gregaria, sigue el movimiento. Y esto es lo que debemos deplorar, porque constituye, en la forma en que se presenta, un mal gravísimo.

Mal, por dos conceptos: el primero, porque nos presta, ante el mundo, una actitud marroquí; el segundo, porque aquí dentro nos trastorna, embelesa y arrastra de modo tal, que ni hay dinero, ni atención, ni prensa para otra cosa, sino para los toros. Al decir «nos» me refiero, a España, en conjunto. Personalmente, diré que, en mi juventud, y sin que me haya hecho pizca de gracia nunca la suerte de varas, me gustó el buen toreo, entonces representado por Frascuelo y Lagartijo. Según he ido viendo la evolución de esta fiesta, que ha llegado a ser aquí lo que el Circo en la decadencia romana, confieso que ha acabado por estomagarme. Considero una idea excelente la que las españolas se uniesen para protestar contra los toros, o al menos, contra el abuso que de ellos viene haciéndose. Porque si es difícil desarraigar de un tirón costumbres tan implantadas en los pueblos, pudiera reducirse y contrarrestarse la vergonzosa importancia que las corridas han llegado a adquirir aquí. Tengo entendido que los socialistas, con muy buen acuerdo, les hacen la guerra que pueden, y que el periódico, órgano en Madrid del partido, no da noticias de corridas, ni trae esas revistas kilométricas, en que se analiza el menor lance, con alardes de caló y frases de inteligente. Y, al ver cómo, en vez de disminuir, crece la afición, deduzco que o los socialistas predicen en desierto, o también van a los toros, como los demás mortales.

Aparte de lo cual, no se debe hacer caso a las publicaciones extranjeras, sobre todo cuando recogen paparruchas de ópera cómica. Formo mal concepto de la mentalidad de unos señores que afirman, muy serios, el sadismo de las espectadoras, recreadas en la sangre, deleitándose en ella. Lo extraño del caso, su inverosimilitud, debiera hacerles reflexionar. No es posible que, de repente, se conviertan en tigres tantas mujeres que, hace una hora, espumaban el puchero o se arreglaban al espejo, y que ni son bailables, ni furias de la guillotina. Lo sanguinario de los toros, lejos de formar parte de su encanto especial, es la objeción que suelen ponerles, las mujeres, y esto está en la naturaleza; pero los hombres, entendidos, rectifican: «Si no se pica, mujer, el toro no se quebranta; y si no se quebranta, no deja a vida un lidiador. *No entendéis de eso.*»

Es decir que la barbarie de la pica está en la mis-

ma esencia de la lucha, y que, si ha de haber toros, que ojalá no, picadores hacen falta, y matar caballos, con el género de muerte, bien espantoso, que allí sufren... Es decir que, una vez más, arrojar la cara importa... Y si aquí los varones no quieren arrojar la cara, la reprobación no ha de recaer sobre las hembras, que, realmente, en nada se han metido.

En otros países, no lo dudo, se formarían Ligas, Asociaciones y hasta *trusts* contra los toros. En Inglaterra, las señoras trabajan incesantemente para combatir la embriaguez y otros vicios, masculinos por lo general. Estaría perfectamente que las españolas diesen señales de reprobación ante las atrocidades de la fiesta, que ya, además de ser mortífera para los caballos, lo va siendo, en sumo grado, para el hombre, pues se pierde la cuenta de las cogidas que, relatadas al día siguiente con pormenores anatómicos y clínicos, ponen los pelos de punta y hacen competencia a los horribles detalles del asesinato (ése sí que lo es) de García Jalón. Estaría de perlas, lo repito, y hasta nos daría cierto postín ante Europa... Pero la mujer, en España, no ha empezado aún sobre todo en lo sociológico, a soltar los andadores, y si los soltase, mucho tendría que considerar, mucho que emprender. Buena la pondrían, por otra parte, los periódicos satíricos si se metiese a redentora. Y esto poco importaría, siempre que la vapuleada tuviese consigo a una parte del público siquiera. Que no la tendría, ya me lo sé yo.

De suerte que conviene armarnos de paciencia y esperar mejores tiempos, si tal esperanza cabe donde la experiencia más triste enseñó tan poco, y donde todo resbala, como el agua sobre el acero bruñido. Digan los alemanes, los franceses y los portugueses (buenos andan también) lo que gusten de nuestras corridas magnas, y de nuestras mujeres vampiros, bebedoras de sangre humana, ecuestre y taurina. Quanto más burdo es un disparate, más lo creen, en lo que a España respecta, allende el Pirineo, sin pensar en las consabidas habas, que se cuecen en todas partes... Efectismo español... ya se sabe: mujeres fatales, de una energía tremenda, que no comprenden ni el amor ni la vida, sino cuando la arena se empapa de rojo, y la agonía hace convulsionarse a un ser que suelta las entrañas y se las pisa...

Sería pedir gollerías que siquiera, para hablar de España, se tomasen el trabajo de venir aquí algún tiempo. Porque, cuando vienen por algunos días, mucho peor que si no viniesen.

El famoso escritor francés Juan Lorrain, a quien conocí en Toledo, me divirtió superlativamente, por la manía de ver a España a través de lo convencional, en vez de tomarse el fácil trabajo de mirarla, una vez que la tenía delante. No, ¡qué caramba!, o *¡sapristi!*, diría él. Si resulta que la España verdadera no se presta ni a truculentas descripciones, ni a melodramáticas aventuras, ni a ninguna de esas fantasías que tanto gusto dieron y siguen dando en París, donde aun se representan con éxito las más estafalarias *espagnolades* ¿hay sino atenerse a lo de antes, y no a lo real, que tiene menos «fisonomía»?

No me dejaba Lorrain descansar, en Toledo, con la matracca de que le llevase a ver bailar un *fandangó*. No valía protestar de que en mi vida había tenido la suerte de presenciar *fandangó* de ninguna clase. Cuando, años después, en Loja, el Duque de Valencia, que me hospedaba, quiso que al cabo supiese lo que era un *fandangó* andaluz, costóle trabajo encontrar las parejas, porque el *fandangó* va perdiéndose de tal modo, que ya sólo unos viejos y viejas lo saben repicar. Lorrain creía que, por la noche, a la luz de la luna, no hay español ni española que no se arranque con su correspondiente *fandanguillo*.

Vino un momento en que mi hijo y yo deliberamos si pagar a cuatro galopines de ambos sexos para que simulasen una danza cualquiera, aunque fuese la del vientre, a fin de dar a Lorrain la impresión de una cosa archi-española, y leer después la descripción, frotándonos las manos. No lo hicimos, porque en Toledo es difícil tal *mise en scène*.

Todo eso significa que vale más tomar a risa los absurdos. Sin perjuicio de desmentirlos cuando y donde se pueda, ¡no faltaba más!, y de consolarnos de algunos males propios, con el espectáculo de la ignorancia ajena. Que ya sería hora de que se fuese disipando, porque, señores, los caminos españoles son bastante seguros, se puede venir aquí en ferrocarril, en automóvil, en aeroplano, amén de *sac au dos*, van apareciendo hoteles de primera, el Museo del Prado vale la pena, y a nadie se le pide el pasaporte... Esto no es Rusia; en la frontera, no colocan al viajero de pie, con una linterna delante, para registrarle los papeles... ¡A menos que también eso sea conseja! Porque no hay que fiarse de relatos pintorescos...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

¡RETORNO!, POR JOAQUÍN BORDA, dibujo de Mas y Fondevila



... y flaqueándole las piernas, echó los brazos al cuello de Perico

Otras había en el pueblo más guapas que la hija del tío Marcos; pero como ninguna le aventajase en lista, desenvuelta y casquivana, era ella la que triunfaba de todas y tenía en jaque continuo a los mozos del aldehucho de Rocapartida.

Esta recontra de condición de Antonia ocasionaba hondas inquietudes a Periquillo, honrado mozo, de lo más noblote que madre alguna haya echado a este mundo de pillos, tan bueno, que no se lo comían las moscas por misericordia, sin duda. Estaba enamorado de la coqueta, su vecina, como la coqueta no se merecía. ¡Loco, loco..., loco de remate! ¡Lástima de un amor tan grande para un corazón tan pequeño!

Envanecida Antonia con sus triunfos, se olvidó de mirarse al espejo de la realidad y llegó a creer que era una mujer de ensueño, un portento de belleza, la reina de la hermosura o poco menos, cuando de tal suerte era galanteada y requerida no sólo por los de su humilde condición, sino también por el hijo del barbero, el del secretario y lo que era todavía más..., ¡hasta por el hijo del alcalde! Buen pillo el *donjuanesco* hijo del alcalde de Rocapartida. ¡Que pudiera enredarla, vería!

Periquillo le odiaba a muerte, porque comprendía por instinto que era el que más ascendiente ejercía sobre Antonia y por ser con quien la joven más largos ratos pasaba en charla y broma y risas desde que

Julián, que así se llamaba el mozo, volviera a la aldea, una vez terminados en la capital sus estudios de abogado, con muchas pérdidas de cursos y no pocos trabajos.

Un día, anochecido, volvía Periquín del campo y ya cerca de las primeras casas del pueblo oyó la voz de su amada. ¡Recontra! Rudo sobresalto y parada en seco. ¡Hablaban con Julián! ¡Oh, de qué buena gana lo cogiera por el cuello, entonces mismo, con sus manos vigorosas y arrojándolo como a un perro, despidiéndolo como a un ladrón..., ¡ladrón de su amor!, se quedara en el puesto de él, con el alma de su alma, con la vida de su vida..., ¡con su Antonia! Pero quiso saber qué se decían.

Julián exclamaba contento:

— Gracias a Dios, Antonia, que por fin te decides. Cuánto me alegro, si supieras... Verás qué bien allí, en la ciudad. Tú eres guapa, eres lista. Aquí, ¿qué? Lo has pensado bien, ¿verdad?

— Vaya si lo he pensado, de día y de noche y a todas horas. Mi puesto está en la capital, tienes razón. Tú vas a establecerte en ella. Yo también me voy. Aquí, ¿qué? Todos estáis por mí, soy la más buscada, la más preferida. Luego algo tiene el agua cuando la bendicen. Aquí, muchos adoradores, eso sí; pero todos tan brutos como ese animal de Periquillo, a quien tengo loco, pero que desprecio con toda mi alma. ¡Vaya un pedazo de alcorneque!

Flaqueáronle las piernas al bueno de Pedro y estuvo a punto de caerse. ¡Qué recontra de mujer era aquella recontra de Antonia de sus pecados! ¿No tenía relaciones con él? ¿No le amaba a él, no era él el elegido, aunque ella por su modo de ser, naturalmente expansivo, juguetón y picaresco, atendiera también a los otros? ¡Que le despreciaba!.. Sin fuerzas para andar ni para permanecer de pie siquiera, pudo darse cuenta, sin embargo, de que se le nublaban la vista, le zumbaban los oídos, ardía su frente y una angustia muy grande, saliéndole de las entrañas, le iba subiendo, subiendo, hasta llegar a la garganta y parecer que le estrangulaba. Se dejó caer sentado y rompió en sollozos... Luego lloraba como un niño. ¡Pobre Periquín! Aquella noche se acostó enfermo y ya no se levantó en muchos días.

* *

Fuése a la ciudad, Antonia, llena de ilusiones, que tardaron poco en desvanecerse. Allí, Julián, espíritu ligero, que no medía nunca las consecuencias de sus palabras ni de sus resoluciones, no se acordó para nada de la joven. La infeliz moza tuvo que ingresar en el brillante gremio de criadas con todo el bagaje de ilusiones doradas, de esperanzas risueñas que se llevara de su pueblo en las alforjas descosidas de su imaginación deshilachada, a la par que calenturienta.

Era muy perra aquella vida: acostarse tarde, levantarse temprano y no descansar en todo el día. Que ahora los niños, que después las señoritas, luego los señoritos y siempre los señores, viejos raros que no la dejaban tranquila, todos la habían de mandar, a todos había de atender, de todos había de sufrir impertinencias y regaños. ¡Qué trabajo y qué molestias y disgustos! Se iba a la cama rendida, de un humor endiablado. ¡Buena diferencia de cuando estaba en la aldea, siempre alegre y siempre en charla y broma con el uno y con el otro! Aquello era vivir: ¡pero esto!.. El único rato bueno era el de la compra en los primeros días, porque imaginaba que desde su casa al mercado y desde el mercado a su casa, había de caminar entre doble fila de galanteadores, no gañanes como los de su pueblo, sino finos, simpáticos, con *ángel*, con *gancho* y con gracia y con sandunga. Se acordaba, sobre todo, de Periquillo y le daba risa el tonto más tonto de la aldea: ¡era un pedazo de carne bautizada solamente!

Pero a medida que los días pasaban, notaba con extrañeza primero, con inquietud después y por último con estupor, que en la ciudad nadie le decía: «Por ahí te pudras» y resistiéndose a la evidencia, se pasaba largos ratos al espejo. ¿Se habría vuelto fea? ¿No tendría la misma cara que en su pueblo? O el espejo mentía, cosa que no era de creer, o era la misma que antes. Pues si a su buen físico se unía su travesura, su despejo, aquel donaire con que allí se llevaba de cabeza a los hombres, no se explicaba cómo en la ciudad no le sirviesen todas estas circunstancias para maldita de Dios la cosa. Y empezó a sentir muy adentro el frío de la desolación. Llegaron las horas amargas del desengaño, del disgusto y del dolor, al verse herida en su amor propio, en su orgullo de reina destronada, porque de reina ejercía en su pueblo, donde tenía vasallos..., aunque gañanes. ¡Qué inmensa su pesadumbre entonces por haber salido de la aldea! En la ciudad, ¿qué? Había demasiadas mujeres y más guapas y más listas, y, sin embargo, tampoco en todas se fijaban los hombres y eran muchas las que no tenían su corte de amor, un triste galanteador siquiera. Bien lo veía: ella allí, ¿qué pito tocaba? Condenada a trabajar siempre, como una bestia, cuando tan ricamente lo pasaba en Rocapartida, escenario de sus triunfos que se habían ido, ¡ay!, para no volver más. No perdonaba a Julián aquel desdén olvido hacia ella. En cambio, ahora el recuerdo de Periquillo la asaltaba con frecuencia. ¡Pobre muchacho! Había sido muy cruel con él, con él, que era tan bueno..., que la amaba hasta el delirio...

Al pensar ahora en Perico, todo candor y sinceridad, se ponía triste. Veíalo, al fin, tal como era, no un pedazo de carne bautizada, únicamente, sino un mozo de corazón sano, de alma grande, tallado en una pieza, fuerte y robusto, tímido, sin duda; pero de grandes alientos ocultos, de grandes energías que no exteriorizaba en inútiles alardes, capaz de hacer dichosa a la mujer que con él se casara. «¡Ah, qué necia!, decía con disgusto y rabia; pasó por mi lado la felicidad y no supe cogerla, con sólo alargar la mano.» Hasta lo creía ahora hermoso y guapo y sobre todo con un corazón, con una manera de amar... Dolíale no tener un retrato de Pedro. Hubiera querido extasiarse en su contemplación, desquitarse de algún modo de la cruel indiferencia con que se la miraba en la ciudad, cuando allí en su aldea dejaba morir por su amor a un hombre, de quien incluso sabía su renuncia a tener relaciones con otra mujer, porque en su pecho sólo cabía su primero y único amor. ¡Si pudiera volver, sin desdoro!..

* *

Y no tuvo otro remedio. Enferma, abatida, desengañada, tornó Antonia al pueblo. Al anuncio de su vuelta, Perico recobró la gallardía perdida. Sus antes marchitos ojos brillaban ahora alegres y jugueto-

nes. Su amor, no extinguido con la ausencia, se había reavivado. La felicidad se aposentaba dentro de su ser. Y creció de igual modo el odio que siempre tuvo a Julián, a quien daba toda la culpa de que su Antonia se fuera a la ciudad.



Estatua que figura en el Capitolio del Estado de Minesota (Estados Unidos), obra de Daniel Chester French.

Cabalmente se hallaba a la puerta de su casa cuando llegaba la moza acompañada de sus padres, que



Niños en la playa, cuadro de J. Akkerringa

habían salido a recibirla. Trabajo le costó reconocerla. ¿Aquella era su Antonia? ¡Qué cambiada y qué triste! ¡Cuánto debió sufrir! Sin embargo..., ¡a poco

se muere de alegría al notar que ella le miraba desde lejos dulcemente! Salió al encuentro amable, sonriente, gozoso, con los brazos abiertos. Le cogió una mano y llevándosela al corazón, balbuceó, la voz velada:

— ¡Aquí te tenía..., siempre..., siempre! Sabía que habías de volver, si no... ¡hubiera muerto!

Rompió Antonia en llanto y flaqueándole las piernas, echó los brazos al cuello de Perico.

— ¡Qué bueno eres!., qué bueno eres!

— No llores, vida mía... Si hoy no es día de llorar... ¿No ves mi cara? ¿No ves que no hay nadie en el mundo, ni el rey, recontra, tan dichoso como yo? Y no podía contener las lágrimas.

— ¡Qué bueno eres!., repetía Antonia entre sollozos que no la dejaban hablar.

Y con grandes esfuerzos pudo añadir:

— ¡Perdóname... si me marché!.. Te he hecho sufrir mucho..., perdóname.

Luego, insinuante, mansa, acariciadora, bajos los ojos, la voz remisa y temerosa:

— Ya no me separaré más de tu lado, murmuró.

¡Recontra! Esa era buena... Separarse ahora que había vuelto, que la tenía junto a él, después de haberla llorado por perdida... ¡Separarse..., cuando allí mismo, en sus brazos, estaba su tesoro, su ilusión, su felicidad, la carne de su carne, el alma de su alma, su alma, su vida!..

Y sin poder contenerse, en formidable explosión que atemorizara al enemigo más resuelto y que llenó de júbilo el corazón de Antonia, con amplio y enérgico ademán de reto, terriblemente amenazador y convencido a la par, exclamó:

— ¡Qué te has de separar, recontra! A ver quién me quita ahora a la recontra de mi Antonia. ¡Ni el hijo del alcalde!

Justamente apareció entonces Julián, que hallándose en el pueblo y sabedor de la llegada de la moza, venía a saludarla con aquella su característica ligereza.

Al verlo, Perico clavó sus ojos en el señorito y, erguido, agigantado, cruzados los robustos brazos sobre el ancho pecho, con voz llena, pero impregnada del odio que siempre guardó en su corazón hacia el hijo del alcalde:

— Oye, Julián, exclamó, aquí está Antonia. ¿La ves? Aquí, a mi lado... ¡Es mía, mía! ¿Lo oyes? Pruéba a quitármela ahora, como cuando la hiciste ir a la ciudad...

Sobrecogido Julián por el brusco ataque, que no esperaba, titubeó un poco; pero al fin dijo:

— Y en tal caso, ¿qué, Periquín?

Fué más pronto hecho que visto. Saltó como un tigre sobre Julián, que rodó por el suelo. Ya vería qué..., ¡recontra! Iba a ahogarlo seguramente; pero, rápida, Antonia se interpuso entre ambos, y colgándose del cuello de Perico, le privaba toda acción.

— ¡Por Dios, Perico, si me amas, desprecíalo, como yo le desprecio!.. ¡Es un cobarde!

¡Recontra! Entonces no valía la pena de matar a aquel hombre.

Bravo como un león, se sintió generoso.

— ¡Anda, levántate, dijo, márchate! Ya lo has oído; mi Antonia te desprecia. Yo te odiaba, te odiaba a muerte hasta ahora; pero ahora..., ¡ahora te desprecio también..., te desprecio como Antonia! ¡Vete!

— ¡Sí, vete!, añadió la moza con desdén y en un tono tal que a Julián le pareció recibir un fuerte latigazo en la cara. ¿A qué has venido? ¿Qué falta hacías aquí? ¿No ves cómo se agiganta Pedro a tu lado? Él es un hombre... ¡Pero tú!..

Se recostó en su novio, que la enlazó por la cintura. Plantados en el centro de la calle como estatuas vivas del reproche, vieron levantarse a Julián y alejarse lentamente avergonzado y confuso, sin poder balbucir siquiera la menor frase, bajo las miradas implacables de la gentil pareja.

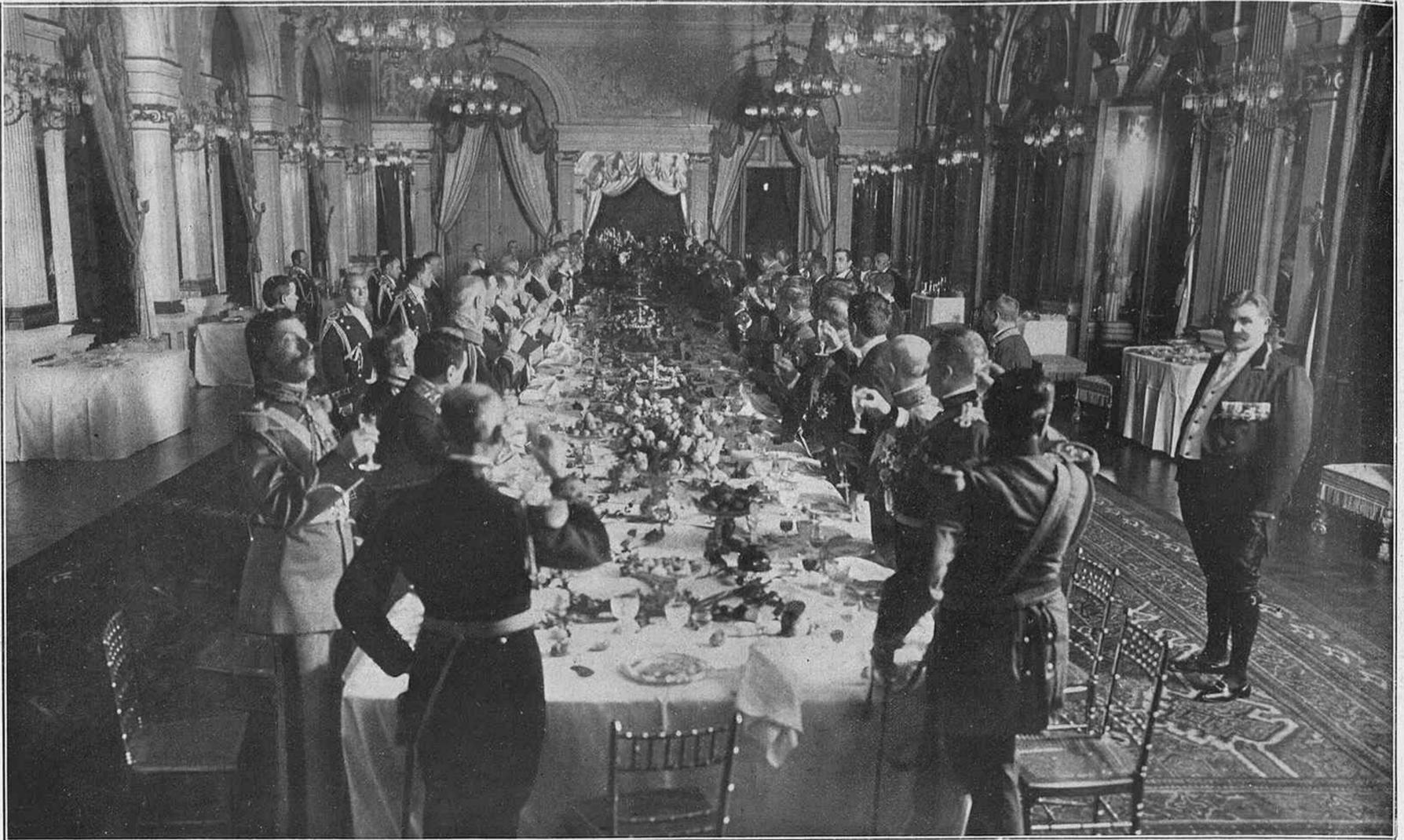
menor frase, bajo las miradas implacables de la gentil pareja.



Idilio, cuadro de B. Gili y Roig. (Salón Parés.)



Fausto y Margarita, cuadro de A. Fillol



Bucarest. — Banquete con que el presidente del Consejo de Ministros de Rumania Sr. Majoresco obsequió a los plenipotenciarios después de firmado el tratado de paz. (De fotografía de Harlingue.)

LA CUESTIÓN DE ORIENTE

Continúa sin resolver la situación difícil creada por los turcos al recuperar Andrinópolis y persistir en no querer abandonar nuevamente dicha plaza. Insisten las potencias en exigir a la Puerta el cumplimiento del tratado de Londres y dicese que prosiguen las negociaciones entre ellas a fin de hacer nuevas gestiones cerca del gobierno otomano para que se atenga a lo en aquél estipulado, y hasta se habla de ciertas medidas financieras que puedan hacer sobre Turquía mayor presión que las hasta ahora adoptadas en la esfera diplomática. Pero es muy dudoso que estos propósitos se realicen o que, aun realizándose, produzcan los resultados apetecidos, confiándose más bien en que la cuestión de Andrinópolis y las demás existentes entre Bulgaria y Turquía se resuelvan directamente y de común acuerdo por ambas potencias.

Ampliando lo que dijimos en nuestra anterior crónica sobre las explicaciones que ha dado Turquía para justificar el avance de sus tropas, reproduciremos las manifestaciones que acerca de esto ha hecho recientemente el gran visir.

«Es cierto, ha dicho, que hemos ocupado provisionalmente Dimotika, Ortakeni y Sufli, pero a ello nos hemos visto obligados, en primer lugar, por razones estratégicas, a causa de la posibilidad de una reanudación de hostilidades con Bulgaria; y en segundo, por razones humanitarias, a fin de asegurar

la conservación del orden hasta la llegada de las autoridades búlgaras. Pero repito que esta ocupación es puramente provisional y que a esto se ha limitado

Esta comisión ha tomado como punto de partida de sus trabajos los testimonios publicados así por los gobiernos y por sus agencias oficiales, como por ilus-

tres viajeros europeos y americanos que han seguido sobre el terreno la marcha de los sucesos; y después de haber comprobado estos testimonios de procedencias diversas y de haberlos compulsado con los que ella misma recoja, determinará su concordancia y su autenticidad en una memoria de conjunto que se traducirá a varios idiomas y se distribuirá con la mayor profusión posible.

Esta comisión, que salió hace ya algunos días de París, se compone de las personalidades siguientes: doctor Brailsford, por Inglaterra; el profesor Dutton, de la Universidad de Columbia, por los Estados Unidos; Godard, diputado por Lyon, por Francia; el profesor Miliukoff, miembro de la Duma, por Rusia; el profesor Pazskowski, de la Universidad de Berlín, por Alemania; y el profesor Redhib, de la Universidad de

Viena y diputado del Reichstag, por Austria Hungría. — R.



Salónica. — El alto clero ortodoxo esperando al rey de Grecia al pie de un arco de triunfo para celebrar el oficio de acción de gracias en la iglesia de Santa Sofía, que es el edificio que se ve al fondo, a la izquierda. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

nuestro avance, no siendo cierto que marchemos sobre Kirdjali y Gumuldjina, como supone la nota búlgara, ni que hayamos ocupado Dedeagatch, a pesar de haber sido llamados por las poblaciones.»

Por iniciativa de la dotación Carnegie para la paz universal, se ha constituido una comisión encargada de practicar una información imparcial e independiente de toda preocupación política, sobre las mantanzas que han ensangrentado la península balcánica y sobre las consecuencias económicas de la gue-

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

DE MARRUECOS

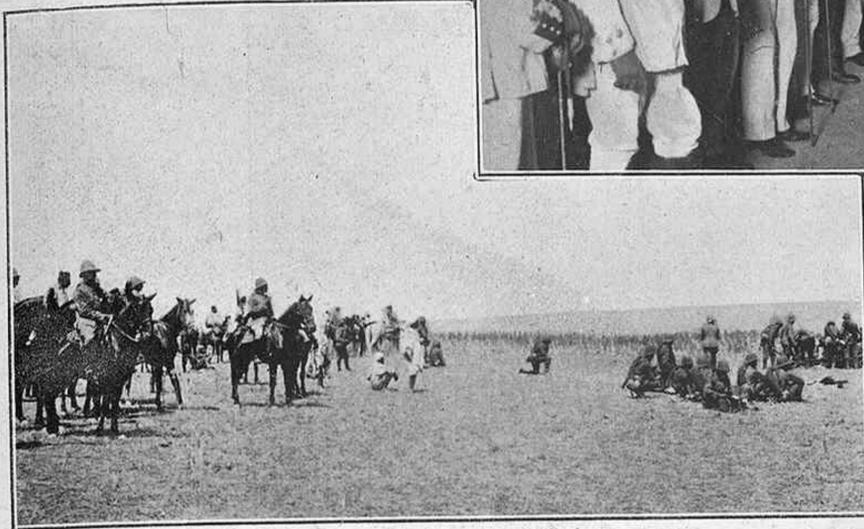
El día 21 del mes próximo pasado salió de Madrid el nuevo alto comisario de la zona española en Africa general Marina, que fué objeto de una despedida entusiasta. En la estación hallábase el presidente del Consejo de Ministros, los ministros de la Guerra, Marina, Gracia y Justicia, Gobernación e Instrucción Pública, gran número de generales y de políticos, la oficialidad de la guarnición y comisiones de todos los centros militares. Al partir el tren diéronse entusiastas vivas a España, al Rey y al general Marina.

Entre las varias operaciones efectuadas últi-



go y Francia, los obispos de Estrasburgo, Espira, Tréveris y Luxemburgo y numerosos representantes de la alta nobleza.

Una de las particularidades de este congreso ha sido la de que en él ha habido una sección de lengua francesa, por haberlo así exigido los católicos loreneses como condición esencial para tomar parte en el mismo. Y el príncipe de Lœvenstein, elegido presidente general, inauguró las tareas de aquella sesión con un discurso en francés protestando contra la campaña realizada por la prensa pangermanista en contra del uso de este idioma en el congreso, augurando a las poblaciones de Alsacia y Lorena las simpatías de todos los católicos alema-



Madrid.-Salida para Marruecos del alto comisario general Marina (1), a quien despidieron en la estación el presidente del Consejo de Ministros (2) y los ministros de la Guerra (3), Marina (4) y Gracia y Justicia (5). (De fotografía de Vidal.)

De Marruecos. Toma de Cuesta Colorada.-La artillería desalojando a los moros de una posición.-Vista parcial del campamento de Cuesta Colorada. (De fotografías de Luis Marín.)

mamente ha tenido especial importancia la ocupación de Cuesta Colorada, que se realizó el día 16 del pasado agosto por una columna compuesta de unos 4.000 hombres y mandada por el general Fernández Silvestre.

Al día siguiente, la posición fué atacada por las huestes del Raisuli; pero fueron rechazadas con grandes bajas, entre ellas el jarka del Raisuli, viéndose obligadas a huir precipitadamente, mientras la jarka amiga que manda El Ermiki *razsiaba* los aduanas próximos y nuestra artillería destruía las aldeas situadas en el camino de Tánger.

La ocupación de Cuesta Colorada se considera como una etapa decisiva para un pronto éxito en la campaña y son unánimes los elogios que se dirigen al general Fernández Silvestre que con tanto acierto ha sabido llevarla a cabo.

En aquella posición se han establecido dos campamentos,

que se hallan perfectamente atrincherados y que distan uno de otro ochocientos metros. Supónese que cuando esté bien instalada y fortificada, el general Fernández Silvestre proseguirá su marcha sobre Zinat y que esta marcha se efectuará sin grandes quebrantos, gracias al duro escarmiento que recientemente han sufrido los moros, sobre todo si resultan ciertas las referencias de algunos indígenas que aseguran que el Raisuli ha levantado el campamento que allí tenía y se ha refugiado en la cabila de Beni-Arós.

METZ.- EL 60.º CONGRESO DE LOS CATÓLICOS ALEMANES

Se ha celebrado recientemente en la ciudad de Metz este congreso, al cual han concurrido no sólo los católicos alemanes, sino también muchos procedentes de Bélgica, Luxem-

nes y rindiendo un noble homenaje a los héroes que en 1870 sucumbieron en los campos de batalla próximos a Metz. En análogos términos expresó el obispo de Metz monseñor Benzler.

El congreso de Metz se ha ocupado, entre otras cuestiones, de las siguientes: centenario constantiniano; situación de las congregaciones religiosas; de la laicización de la escuela y de los medios de sostener y desarrollar las misiones católicas en los países infieles. También ha tratado de la cuestión de los sindicatos obreros cristianos de Alemania, en los cuales hay cierto antagonismo entre los de la escuela de Colonia, que admiten en su seno a obreros protestantes, y los de Berlín que no aceptan más que a los católicos.

Con ocasión del congreso se celebró un grandioso cortejo de asociaciones católicas en el que tomaron parte 400 asociaciones, formando un total de más de 25.000 fieles.



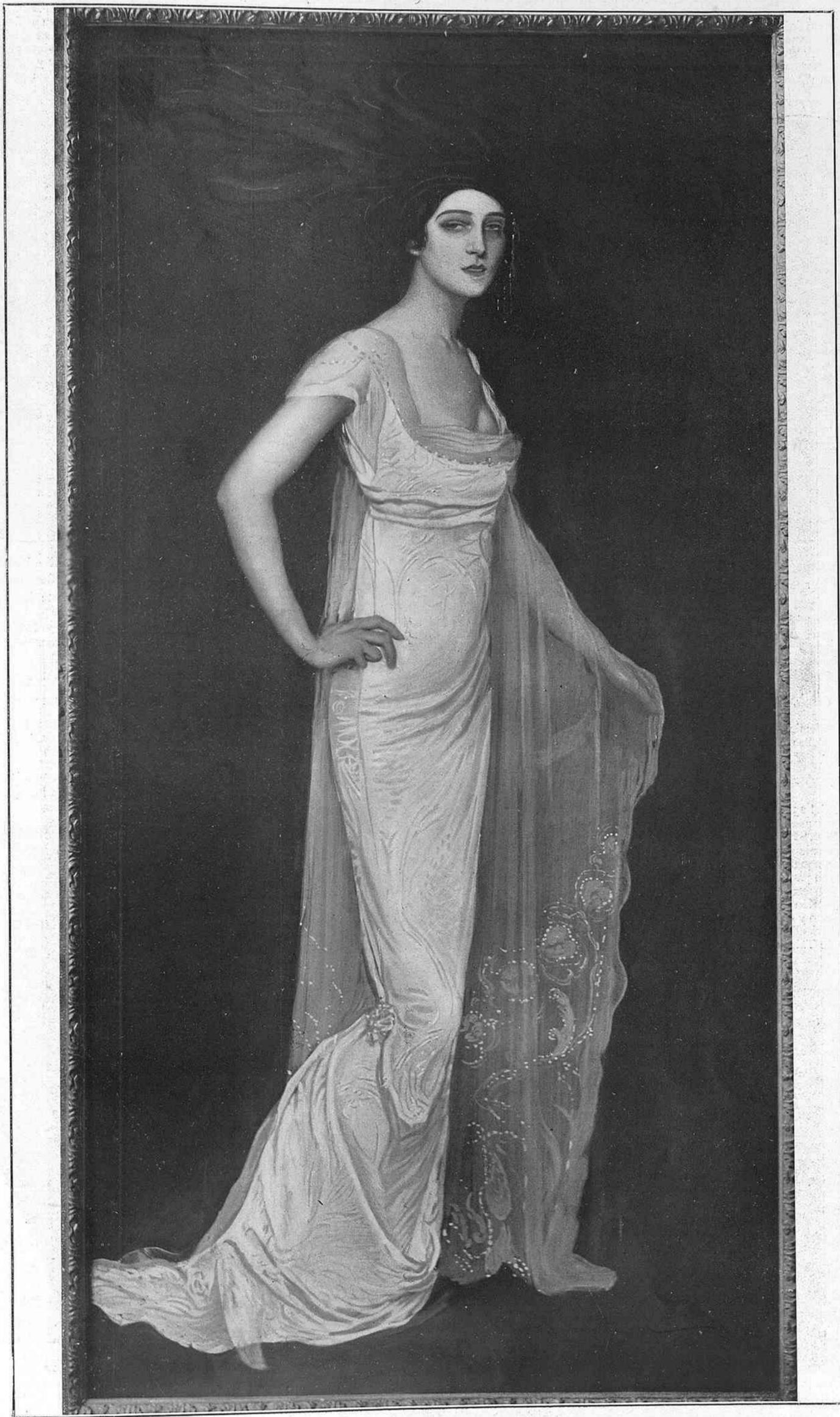
Metz.-Grandioso cortejo de las asociaciones católicas celebrado con motivo del 60.º Congreso de los católicos alemanes. (Fot. C. Trampus.)



EL KAKEMONO, cuadro de W. E. Webster

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



RETRATO DE IDA RUBINSTEIN, pintado por A. de la Gándara

(De fotografía de Vizzavona.)

AMADO MOROT

Este artista eminente, nació en Nancy en 16 de junio de 1850, dedicóse desde muy joven a la pintura, estudió en París bajo la dirección de Cabanel, y a la edad de veintitrés años ganó el premio de Roma, al mismo tiempo que triunfaba en el Salón con su cuadro *Dafnis y Cloe*.

Desde entonces, su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos: en 1876, ganó una medalla de tercera clase con su *Primavera*; en 1877, una de segunda, con su *Medea*; en 1879, una de primera, con su *Episodio de la batalla de Aquae Sextiae*; y en 1880, la de honor con *El buen samaritano*.



El célebre pintor francés Amado Morot, fallecido en Dinard el día 12 de agosto último. (De fotografía.)

Entre sus otros cuadros notables merecen especial mención: *La tentación de San Antonio*, *El martirio de Jesús de Nazareth*, *El toro bravo*, *Rezonville 30 de agosto de 1870*, y sobre todo la *Carga de los coraceros en Reichshofen*.

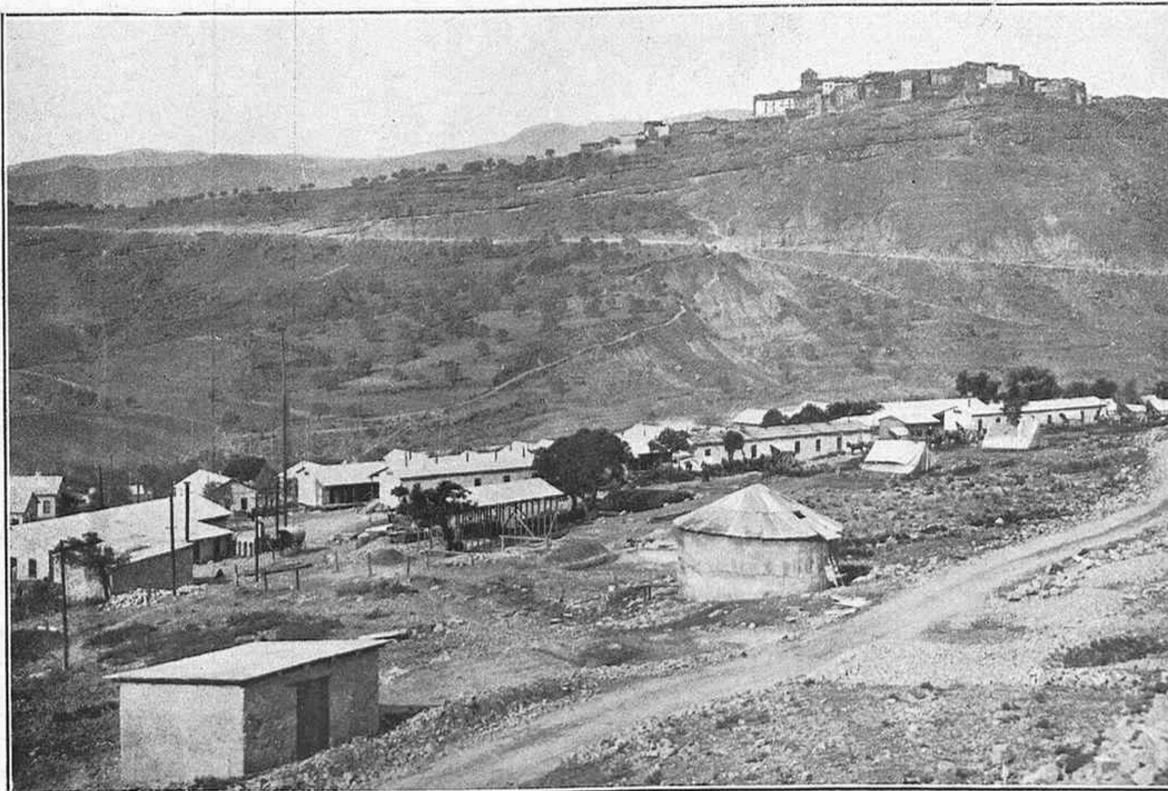
El Ayuntamiento de Nancy le confió el decorado de los salones de la Casa Consistorial, y el de París, uno de los grandes plafones del salón de fiestas.

Morot fué además un retratista admirable.

Era miembro de la Academia de Bellas Artes desde 1898, profesor de la Escuela de Bellas Artes y comendador de la Legión de Honor.

LA CATÁSTROFE DE TALARN

A las ocho de la noche del 23 del pasado agosto ocurrió un terrible catástrofe en el campamento de San Antonio, que la compañía Riegos y Fuerza del Ebro tiene instalado en la provincia de Lérida, en el término de Talarn. Durante un tormento, que descargó sobre aquella zona, cayó una chispa eléctrica en el polvorín montado para el abastecimiento de los barrenos y en el que había almacenada gran cantidad de dinamita, determinando una explosión formidable a consecuencia de la cual resultaron un muerto y cuarenta heridos y graves desperfectos no sólo en las viviendas del campamento sino también en muchos edificios de Talarn y de Tremp.

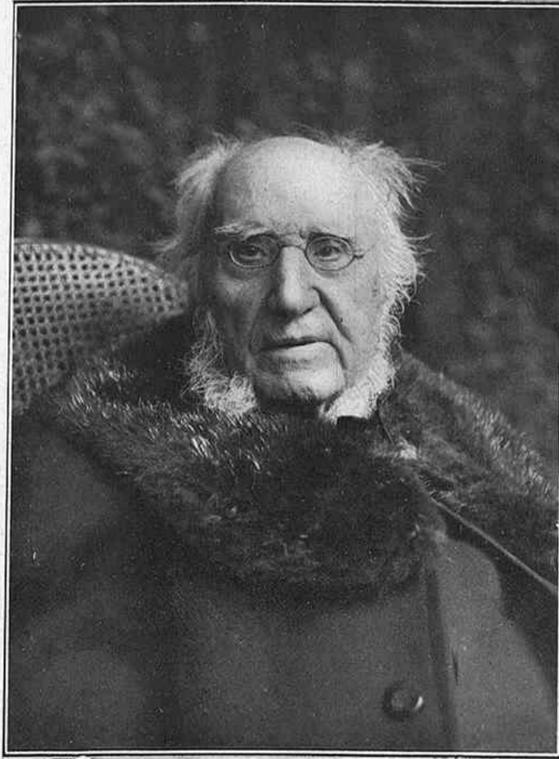


El campamento de San Antonio instalado por la compañía «Riegos y Fuerza del Ebro» cerca de la villa de Talarn (Lérida) y en donde ha ocurrido una explosión de dinamita que ha causado numerosas víctimas. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

EMILIO OLIVIER

A la edad de ochenta y ocho años ha fallecido en Saint-Gervais este ilustre republicano francés, una de las más preeminentes figuras del último imperio.

Emilio Olivier nació en Marsella, estudió la carrera de De-



El eminente político y escritor francés Emilio Olivier, fallecido en Saint-Gervais (Alta Saboya) el día 20 de agosto último. (De fotografía de Harlingue.)

recho en París; y en 1848 fué nombrado comisario de la República en las Bocas del Ródano y poco después prefecto del Alto Marne. Elegido diputado por primera vez en 1857 pronto alcanzó gran autoridad en la Cámara, formando entonces parte del grupo opositor llamado de los Cinco. Reelegido en 1863, abandonó la oposición; y cuando le eligieron en 1869, púsose al frente del tercer partido, confiándole al año siguiente el emperador la formación del ministerio.

Sobrevino poco después la guerra franco-prusiana y abandonado por la Cámara, hubo de dejar el poder y se retiró a Fontainebleau primero y luego a Italia, de donde no regresó a París hasta 1874. Desde entonces y hasta su muerte ha permanecido enteramente alejado de la política activa y dedicado exclusivamente a la publicación de obras de Jurisprudencia y de Historia y de artículos para diarios y revistas.

Era miembro de la Academia Francesa desde 1870, y entre sus libros más notables cuéntanse: *Democracia y libertad*, *El 19 de enero*, *Miguel Angel*, *María Magdalena* y *El imperio liberal*.

D. ILDEFONSO SUÑOL

El sentimiento unánime que el fallecimiento de Suñol ha producido en Barcelona y en toda Cataluña es la prueba más elocuente de las simpatías y de la admiración que en nuestro pueblo supo conquistarse; y los artículos encomiásticos que la prensa madrileña ha dedicado a su memoria demuestran que no sólo aquí fueron apreciadas las altas dotes de inteligencia y

de carácter que adornaban a tan esclarecido patricio. Hombre de honradez intachable, de preclara inteligencia y de vasta y sólida cultura; conocedor profundo del derecho y de las cuestiones económico-administrativas; eruditísimo en materias históricas, artísticas y literarias; dotado de un juicio recto, elevado e imparcial y de una elocuencia clara y persuasiva, su figura destacóse brillantemente en el foro, en las academias, en nuestra corporación municipal y en el Parlamento.

Nació Suñol en Barcelona en 1866. A los veintidós años era doctor en Derecho y a los treinta presidente del Ateneo Barcelonés; fué concejal en 1902 y diputado a Cortes en 1904, y militó en el partido regionalista primero y en el nacionalista



El ilustre jurisconsulto barcelonés y exdiputado a Cortes D. Ildefonso Suñol, fallecido en Barcelona el día 21 de agosto último. (Fot. de A. Merletti.)

después. En estos últimos años habíase alejado de la política activa para dedicarse exclusivamente a su bufete y a sus estudios favoritos. ¡Descanse en paz!

UNA CÁMARA ACORAZADA PARA CAUDALES EN LA CÚPULA DE UN RASCACIELOS

Una importante casa de banca de Nueva York, la «Bankers Trust Co», en vista de que cada día aumenta la audacia de los ladrones y son más poderosos los elementos de que echan mano para realizar sus fechorías, ha querido instalar su caja de caudales en un sitio adonde difícilmente podrán llegar los amigos de lo ajeno. Al efecto ha hecho construir un edificio de



Cámara acorazada para guardar caudales instalada por la casa de banca neoyorkina «The Bankers Trust Co» en la cúpula de un rascacielos de 41 pisos. (Fot. remitida por C. Trampus.)

los llamados rascacielos de 41 pisos, cuatro de ellos subterráneos, con una altura total de 500 metros y coronado por una pirámide de más de 30 metros de alto. Dentro de esta pirámide y debajo de una cúpula incombustible e inaccesible, sostenida por un cuádruple juego de columnas, ha instalado el tesoro del banco encerrado en una caja de caudales cuyas paredes de acero tienen el espesor de la coraza de los *dreadnoughts*.

LA HIJA DEL SR. MAHÚ

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO GUESVILLER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

¿Sus decepciones? Sofía ni siquiera hubiese podido distinguirlas unas de otras porque eran todas iguales y no formaban más que una sin cesar renovada y nunca renovable.

Como no las explicaba ninguna causa exterior, la muchacha no comprendía por qué lloraba, pero lloraba con amargura.

Era su savia reglada que se lastimaba en los obstáculos, y era su corazón, su corazón triste y friolento de virgen abandonada que tenía frío, siempre frío.

Entonces, ante toda aquella lluvia malhadada, la evocación de sus tristezas estériles provocó un nuevo asalto.

Estas afluyeron en una ola magna, inundándolo todo, y la joven, desesperada, crispó los puños sobre su boca que quería gritar su sufrimiento.

Entonces ella se limitó a escuchar a su madre.

La buena señora, después de algunas digresiones pintorescas por lo imprevistas, había reanudado su disertación culinaria.

En cambio, había abandonado completamente su tapicería. Juzgando que, por el momento, había adelantado ya suficientemente aquella interesante labor, la había vuelto a poner en su saquito.

En aquel momento, prodigaba sus recomendaciones a la lámpara, y sonreía, con los labios glotonos, como si masticase el sabroso objeto de su descripción.

Bruscamente, desapareció su buena y gruesa sonrisa. Doña Luisa se cruzó de brazos sobre su opulento pecho, contrajo su frente lustrosa y formuló esta interjección inesperada:

- ¡Por vida de todos los santos!, ¡eso ya es burlarse de la gente!.. Si eso continúa, yo, la señora de Mahú, iré a quejarme al comisario de policía.

Sofía preguntó, alarmada:

- ¡Dios mío!, mamá, ¿contra quién te las has? - ¿Contra quién?.. ¡Vaya una pregunta!.. ¿Te has caído de un nido, hija mía?

La señora de Mahú se puso clásicamente en jarras, y, meneando con vivacidad la cabeza, lanzó estas palabras como otras tantas cornadas furibundas:

- ¿Con quién quieres que me las haya? La pregunta es ociosa... ¡El caso es que ese maldito carpintero me hace sufrir lo que no es para dicho con sus martillazos que hacen retremblar las casas!.. ¿No le oyes? Di. ¿De qué te sirve tener oídos, hija mía? Ese hombre martillea como si le pagasen para que moleste a la vecindad... Además siempre parece que se está burlando de la gente, ese hombrecillo de nada, con sus aires de gatita muerta y sus cabellos rizados como virutas... Pues bien, yo lo declaro, hablando en plata, sin ambages, clarito como la luz del día, yo, la señora de Mahú, ese alfeñique afeminado me tiene

ya cargada, y nadie, ni aquí ni en ninguna parte, podrá decirme lo contrario, porque tal es mi manera de pensar, y por esto me mantengo firme en lo que digo.

Doña Luisa había dirigido la vista hacia el taller de Drillard, y había sorprendido al carpintero perdi-

retornelos repetidos hasta la saciedad? ¡Triste condición, en verdad la de ciertas muchachas!

No basta entonces que languidezcan y se arrastren de hastio en hastio como de silla en silla los calenturientos, sino que, además, es preciso que tra-

bajen y se molesten para perpetuar esas languideces, para implantarlas irreparablemente en la memoria en forma de melodías tan tenaces a fuerza de repetición que, cuando gemía, Sofía Mahú las oía zumbas todas en ella, y cuando las ejecutaba, sentíase con ganas de llorar.

Pero la señora de Mahú había afirmado, años atrás, desde lo alto de su experiencia burguesa:

- ¿Qué quieres que te diga, Zizi? Es fastidioso, muy fastidioso, convengo en ello, pero no todo es de color de rosa en este mundo. Todas las señoritas bien educadas estudian el piano. No sé por qué, pero ello es así... ¡No faltaría más sino que la hija del Sr. Mahú ignorase ese arte de adorno, de recreo distinguido!..

¡De recreo! ¿Y para quién era el recreo?

No era para la señora de Mahú, quien, desde los primeros compases, se dormía cómodamente después de haber tomado la precaución de taparse los oídos con algodón en rama como para evitar un fuerte dolor de muelas.

Tampoco era para el Sr. Mahú, quien - ¡chiiii! - había prohibido severamente una vez para siempre

el uso del piano mientras él estuviese en casa.

¿El recreo estaba destinado a la muchacha? ¡Ah!, ¡qué error!

Sofía hubiera preferido ocuparse en la casa. Su culto a las flores, en que había orden y delicadeza, hubiera querido extenderse a las cosas que la rodeaban, todas tan igualmente mezquinas y tristes.

La hija del Sr. Mahú hubiera querido dedicarse a hermosos trabajos de aguja, componer para el interior vulgar y frío alguna de esas labores graciosas, alguna de esas futilidades amables en que las manos ligeras de las verdaderas mujeres saben fijar el encanto de su sonrisa, con paciencia, con asiduidad, hebra por hebra, como los pájaros hacen su nido.

- ¡Qué disparate, Zizi!, había exclamado la señora de Mahú al tener conocimiento de esas inclinaciones. Las señoritas bien educadas no deben hacer trabajos manuales. ¡Bien estaría que la hija del señor Mahú tuviese los dedos acribillados de picadas de aguja!.. Estudia el piano.

... Las dos mujeres bajaron al salón donde triunfaba en sitio preferente el hermoso instrumento de tortura. Allí se imponía, negro, como un catafalco entre tumbas.

Cada silla, en efecto, estaba cuidadosamente vestida de una funda, y, bajo la escasa claridad del



Entonces, sin más obstinación, volvió a cerrarlo y se lo metió debajo del brazo

do en uno de sus éxtasis, con la nariz al aire y el martillo blandido hacia un enemigo invisible.

Como si hubiese oído el grosero apóstrofe de la señora de Mahú y hubiese juzgado que su dignidad le imponía arrostrarlo, había reanudado su martilleo con una recrudescencia de rabia.

Majestuosamente, doña Luisa se acercó a la ventana cuyas cortinillas apartó.

Y dijo:

- ¡Escucha, Zizi, escucha esos golpes infernales!.. ¡Lo hace expresamente, ese hombre del demonio!.. ¿Y qué diablos estará fabricando de este modo?

La buena señora se quedó sin saberlo, pues Drillard, levantando los ojos y viendo a aquel personaje hostil e imponente, desapareció por la trastienda, puesto en derrota.

En aquel momento, un reloj de la casa dió las tres y media.

- ¿Has oído, Zizi? Las tres y media; la hora de tu piano.

La muchacha dió un gran suspiro.

Otra tarea molesta, la del estudio del piano; un verdadero castigo.

¿Era pues necesario, inseparable de toda educación seria, agregar a la monotonía desesperante de cada día la monotonía laboriosa y persistente de los

día, todas aquellas fundas blancas, rígidamente puestas sobre los respaldos, parecían cipos sepulcrales erigidos hacia el cielo. Varias plantas verdes aumentaban aquella alictiva ilusión; aunque artificiales, desempeñaban, en aquel conjunto, el papel de los tejos y de los cipreses.

Sofía sentóse en el taburete delante del piano y empezó por una serie de escalas en tercera. Su madre cruzó las manos sobre su abdomen, se arrellanó en una butaca y entró en soñolencia.

Un sobresalto la incorporó.

— ¡Ah! ¡Dios mío!.. ¡se me olvidaba!.. ¡Las fundas, Zizi!.. ¡No puedo dejar estas fundas puestas! Es necesario que nuestro primo Aquiles reciba y conserve una buena impresión de nuestra casa, por una vez que se decide a venir a vernos.

Ya había levantado el sudario del taburete bajo. Pero una reflexión suspendió su celo.

— Cuidado, señora de Mahú... Van a llegar llenos de lodo hasta las orejas y mojados como una sopa... ¡Ay de tu terciopelo!.. Es que terciopelo como éste ya no se fabrica, Zizi... O costaría un ojo de la cara.

La buena señora vacilaba, bamboleada por una multitud de contradicciones.

Una esperanza la empujó hacia la ventana.

— ¡Quizá ha cesado de llover!

No, no era posible que aquella abominable lluvia cesase. Era una de esas buenas y pequeñas lluvias de clima «templado» que empiezan a principios de noviembre y no suelen descansar hasta la segunda quincena de junio.

— Todavía llueve, murmuró doña Luisa... ¡Llueve más recio que nunca!.. ¡Y cuando pienso que tu padre!..

En sus labios volvió a brillar su sonrisa de admiración.

— ¡El agua no le asusta!.. ¿Eh, Zizi? ¡Qué temperamento!

Propensa a la exageración, gracias a la potencia de sus facultades imaginativas, la buena señora se complacía en atribuir a su taciturno esposo actos que nunca había ejecutado, palabras que nunca había pronunciado y virtudes que en manera alguna le adornaban. Sin embargo, la señora de Mahú no mentía jamás, pues en el momento de entregarse a la invención, estaba íntimamente convencida de la realidad de sus asertos.

En el caso presente, y quizá por primera vez, la verdad relativa de la señora de Mahú se hallaba confirmada por los hechos.

Incontestablemente, al Sr. Mahú no le asustaba el agua.

En el lodo de la calle de Carnot, el matemático oponía al aguacero un desdén preeminente que casi llegó a la altura superlativa de la indiferencia filosófica.

Desde luego, obedeciendo a la costumbre, se había abrigado debajo de su paraguas que llevaba con ambas manos como un cirio pascual.

Mas, pronto, bajo el imperio de una preocupación secreta, se había echado el mango al hombro, y así andaba, ofreciendo a las lanzas del cielo un pecho heroico y enlodándose hasta las rodillas.

Una ráfaga le detuvo, le hizo girar sobre sí mismo y estuvo a punto de arrancarle el paraguas.

Entonces, sin más obstinación, volvió a cerrarlo y, simplemente, se lo metió debajo del brazo.

Esto ocurría delante del fielato de consumos, dentro del radio visual del Sr. Bazeujot.

Al contemplar aquel gesto insólito, el funcionario municipal interrumpió bruscamente su romanza y abrió unos ojos estupefactos.

Recobrando luego la libre disposición de sus facultades mentales, volvió a hacer uso de ellas para saborear la alegría del desprecio.

— ¡Cómo!.. ¡Cerrar el paraguas bajo semejante aguacero!.. Es el colmo de la insensatez... ¡Ese tipo debe de estar loco de remate!..

Y volvió a soplar en su flauta.

III

Quel frisson nous vient comme d'un caveau qu'on ouvre?
¿Qué estremecimiento recibimos como de una cripta que se abre?

F. VIELLÉ-GRIFFIN (*Joies*).

También con acompañamiento de música, la señora de Mahú procedía religiosamente a la tarea de quitar las fundas de la sillería de su salón.

Sofía había abierto sobre el pupitre una fantasía brillante, pero tocaba sin leerla, mecánicamente. Lo que ella miraba eran sus manos, y les tenía compasión. A la verdad, no carecían de gracia; eran largas, finas y pálidas, con sus dedos ahusados y las uñas cortadas en forma de almendra...

¡Pero cómo se confesaban torpes y necios sobre el teclado! ¡Y qué dislocaciones dolorosas para alcanzar sin grandes dificultades las notas bajas!

Los dedos caían sobre ellas con toda su fuerza crispada, y el piano, a esos golpes, agitaba quejumbrosamente todas sus arandelas.

Cuando Sofía hubo terminado, volvió a empezar. Y así sucesivamente, hasta que un dilín-dilín de la campanilla puso fin a su enojosa como pesada tarea.



Sentóse, con las piernas abiertas y los brazos que casi llegaban al suelo

— ¡Calla! ¿Qué es eso?, exclamó doña Luisa. Tu padre tiene su llave... Y sin embargo han llamado... ¡Es muy extraño!

Se trasladó al vestíbulo y esperó que hubiesen llamado por segunda vez.

Entonces se decidió a abrir y prorrumió en fuertes gritos:

— ¡Aquiles!.. Es el primo Aquiles... ¡Zizi!.. No salgo de mi asombro... ¡El primo Aquiles solo!.. ¿Y Mahú? ¿Qué has hecho del Sr. Mahú?

Una voz potente contestó:

— No he visto ningún Mahú... ¡Pero, ¡ay, prima!, qué tiempo tan abominable!..

Doña Luisa creyó sentir en aquella observación meteorológica una crítica directa para ella.

Y se defendió:

— ¿Y bien? ¿Tengo yo la culpa? ¿Quiere usted decírmelo?

— ¡Ah!, ¡ciertamente, si no dependiese más que de ella!.. Se la podía creer bajo su palabra porque era la verdad y nadie, ni allí ni en ninguna otra parte, se atrevería a sostener lo contrario, si no dependiese más que de ella, nunca se verían semejantes lluvias. Pero Dios sabe lo que se hace, y los hombres nada pueden contra sus designios, ni las mujeres tampoco. Y además, si los hombres dirigieran el curso de las estaciones, ¿el mundo marcharía mejor? ¿Quiere usted decírmelo? El uno quiere agua para sus ensaladas, el otro quiere sol para secar sus ladrillos... ¿A quién atender?

Sofía se había adelantado hacia el vestíbulo.

Vió en la penumbra a un hombre de colosal estatura, junto al cual la plenitud de la señora de Mahú se fundía en cierto modo.

Completamente indiferente a las divagaciones tumultuosas de que se veía rodeado, se desembarazó de su maleta, de su abrigo y de su sombrero.

Al ver a la muchacha, pareció sumirse en una profunda meditación, y ahogando luego con su órgano de bronce el zumbido de su prima, exclamó:

— ¡Ah!, ¡ah!.. ¿Esta debe ser Sofía?

La hija del Sr. Mahú, respetuosa con él, tendió su frente.

El primo Aquiles, lejos de hacer uso de tan simpático ofrecimiento, apartó la muchacha con un gesto suave pero significativo.

— Buenas tardes, buenas tardes.

Entonces, creyendo encontrar una coyuntura, doña Luisa intervino vehementemente:

— ¡Eh? ¡Ha cambiado mi Zizi! ¡Confiesa que no la hubieras reconocido! Amenazaba una digresión nueva. El primo Aquiles previno el peligro. Se echó a reír, y reía como hablaba, formidablemente:

— ¡Claro que no la hubiera reconocido! Todavía mamaba la última vez que la vi.

— ¿Es posible?, interpuso la señora Mahú. ¡Cómo pasa el tiempo, Aquiles!

Y volvió a asaltarle su inquietud:

— ¿Entonces, de veras, no has visto al Sr. Mahú?

— Ni sombra, reiteró el primo.

El cual añadió en seguida:

— ¿Dónde me siento?

— Vámonos al salón, primo, por aquí.

¡Qué decepción la de la buena señora!

Su primo penetró sin impresionarse en el santuario, y no se asombró de nada, reservando su atención para la primera butaca que vió y cuyos resortes sometió a prueba con sus anchas manos antes de confiarle sus asentaderas.

Sentóse luego pesadamente, con las piernas abiertas, la cabeza hacia atrás y los brazos colgantes que casi llegaban al suelo.

Resentida la señora de Mahú meditaba represalias.

Se le ocurrió examinar las botas del primo, y, encontrándolas bastante cubiertas de lodo, dijo con cierta severidad:

— Hubieras podido limpiarte los pies, mi querido primo.

Sensible a esta solicitud, Aquiles contestó:

— No te preocupes de eso, prima, el lodo me conoce.

Esta contestación desconcertó a la buena señora, la cual se quedó sofocada y sin voz.

Sofía observaba disimuladamente a su tío, y le causaba pena el descubrirlo tan sucio y tan feo.

El primo de doña Luisa estaba dotado de una boca inverosímil, enorme, gigantesca, como la voz y la risa que de ella se escapaban. El buen hombre, sin duda, estaba orgulloso de aquella parte esencial y predominante de su fisonomía: nada en efecto disimulaba su excesiva importancia.

Afeitados, sus labios avanzaban, carnosos, abultados, adherentes como los del caballo. Del caballo también tenía los huesos maxilares protuberantes bajo la piel arrugada en que crecía un pelo duro y gris. Hacia las orejas, aquella armazón huesosa de la masticación sobresalía terriblemente, y se afirmaba dispuesta a triturar hierro. Cierta es que había una nariz, pero la cantidad de nariz estrictamente necesaria para oler las presas. Había ojos también, pero justo lo indispensable para ver los alimentos. ¡Cosa extraña! ¡El corolario, la consecuencia lógica de aquella boca feroz, el vientre, faltaba!

Sentado en su butaca, el primo Aquiles no era más que boca, brazos y piernas. Las piernas principalmente triunfaban. Le subían casi hasta la barba, y cuando, por un vicio nervioso, el primo bajaba la cabeza abriendo mucho la boca, causaba inquietud el ver aquellas rodillas y aquellos muslos expuestos a la proximidad del terrible abismo allí abierto, exhibiendo su doble hilera de muelas.

Hubiérase dicho ahora que el Sr. Mahú acababa de llegar, silbando su *chiiii!* acostumbrado. Doña Luisa guardaba un silencio hostil, y el primo, satisfecho de estar cómodamente sentado, saboreaba su satisfacción, importándole un comino todo lo demás. Relegada a su estrecho horizonte, Sofía fijó de nuevo sus ojos en la ventana y se quedó escuchando el monótono chapoteo de la lluvia.

De pronto, creyó percibir, muy vago, lejano, un rumor insólito. Sorprendida, escuchó y distinguió los pasos confusos de un pelotón de hombres en marcha, dominando en ellos una cadencia pesada. Eran tan vagos y remotos aquellos ruidos que el menor soplo de viento los borraba. Pero continuaban después, cada vez más distintos y se acercaban lentamente. Luego se revelaron otros ruidos: ventanas y puertas que se abrían, llamamientos, zumbido de voces confusas.

Las siluetas de dos hombres presurosos, casi corriendo, se escamotearon en la transparencia de la ventana.

Entonces una indecible angustia se apoderó de la

muchacha. Aquellos pasos, sobre todo, la asustaban, aquellos pasos cadenciosos, tan pesados, pasos de hombres que llevan una carga.

Sofía miró ansiosamente a su madre. Enteramente absorbida por su resentimiento, la buena señora, de ordinario tan aficionada a las manifestaciones de la calle, parecía no haber oído aún. La mirada de su hija llamó su atención.

Ambas murmuraron a la vez:

— ¿Qué es eso?..

Y fué la campanilla la que contestó.

Doña Luisa dijo:

— Vuelven a llamar.

Sofía corrió a abrir.

En la puerta encontró a Drillard, el carpintero, jadeante y pálido extremadamente.

— ¿Qué ocurre?, preguntó ella.

Y él balbuceó:

— Señorita... ¡Dios mío!.. Es que...

Había saludado respetuosamente y permanecía descubierto, bajo el chaparrón, dando vueltas a su gorra entre las manos.

La señora de Mahú, que había acudido a su vez, dirigió amenazadoras miradas a su enemigo.

Preguntó bruscamente:

— ¿Qué quiere usted?

Drillard, tomando su resolución, lanzó sus brazos a derecha e izquierda y añadió:

— Señorita... Es el Sr. Mahú..., sí..., lo traen...

Y se apoyó en la pared, gimiendo:

— ¡Qué desgracia, Dios mío!..

Las dos mujeres asomaron la cabeza a la calle, pero retrocedieron en seguida.

Acababan de ver unas angarillas transportadas por dos obreros. Las escoltaban un grupo, en que Bazeujot, el del fiato de consumos, con su inseparable flauta debajo del brazo, peroraba con importancia.

Sofía había sido la primera en recobrar su serenidad.

Salió y quiso ir al encuentro del impresionable convoy.

Pero Drillard se interpuso.

— ¡No!, señorita Sofía..., ¡por Dios!.. entre usted, se lo suplico..., le dijo.

— ¡Papá!, ¡pobre papá!, sollozaba la joven, ¿qué le ha pasado?

Sin fuerza, se dejó arrastrar.

Drillard no se atrevió a contestar.

Pero, destacándose del grupo, el consumero apresuró a decir:

— Se ahogó. Se arrojó al agua desde lo alto del puente. ¡La prueba es que yo le vi!

Si Drillard no la hubiese sostenido, Sofía se hubiera desplomado al suelo. El hombrecito, en tal coyuntura, desplegó una sorprendente energía muscular. En sus brazos, sumamente cortos, cogió a la muchacha, y, carmesí, con ojos salientes, logró transportarla al salón donde la instaló en una butaca.

Mientras tanto, las angarillas penetraban en la casa.

Colocaron al Sr. Mahú en su gabinete de trabajo, sobre la cama de hierro, delante de la chimenea.

Al tembloroso resplandor de las velas, la cara amarillada del busto de Arquímedes pareció animarse con estremecimientos nerviosos.

Los hombres se retiraron, y, en la pequeña estancia, después de todos aquellos pisoteos, el misterio de la muerte impuso su silencio.

Pero una gota, la primera gota, desprendióse del cuerpo inerte, se aplastó sobre el pavimento. Luego otra gota, y otra... Toc, toc, toc... Pronto pareció que la lluvia, la incansable lluvia que caía fuera, atravesando los tejados, rezumándose del techo, goteaba en el cuarto. Pero no era la lluvia. Era el pobre ahogado que perdía el agua con un ruido rítmico y lento, como de un reloj caen los segundos en el infinito del tiempo.

Ahora, al lado de su madre, Sofía oraba junto al muerto, y las dos mujeres lloraban rezando.

Las dos mujeres lloraban rezando y su dolor caía también en lluvia silenciosa.

El pequeño carpintero, retirado a su rincón, obstinándose en contemplar aquella aflictiva escena.

En la calle, delante de la casa, el grupo murmurador de curiosos no llegaba a disolverse.

El órgano agudo del guarda de consumos sobresalió de pronto:

— ¡Cuando digo a ustedes que le vi cerrar el paraguas!.. ¡Seguramente tenía trastornada la cabeza!..

Drillard abrió la puerta con el objeto de imponer silencio, pero la encontró obstruida por el amplio impermeable de Lorgelú.

— Buenas tardes, señoras y caballeros, dijo el cobrador, venía por la letrita...

— ¡Silencio!, ordenó Drillard. ¿No sabe usted lo que ocurre?

No, Lorgelú no sabía la novedad. Ni tenía por qué saberla. Su misión consistía en cobrar letras vencidas. Esta era su ocupación y Lorgelú la desempeñaba concienzudamente, «hablando con propiedad».

— El Sr. Mahú ha muerto, murmuró el pequeño carpintero.

— ¿Muerto?, gritó vigorosamente el cobrador.



Mojó su lápiz, apoyó la lista sobre la pared, ...

Pero, reflexionando, expresó en seguida la incredulidad superior de un hombre a quien no engañan fácilmente.

Y desarrolló las razones de su escepticismo:

— ¡Vamos, hombre!.. ¡Usted está de broma!.. ¡Si aun no hace dos horas que hemos hablado con él!

Drillard lo condujo hasta la puerta del gabinete de trabajo donde las dos mujeres lloraban al difunto.

— Pues es verdad, dijo Lorgelú alejándose. Pero, ¿qué hago yo ahora con la letra?

El buen hombre se abismó en las espesas brumas de su entendimiento. Su mirada meditaba. Exhaló un hondo suspiro y, con este suspiro, formuló al fin el proyecto que había elaborado penosamente.

— Oiga usted, Sr. Drillard, voy a hacer lo mismo que para usted. Voy a borrar el nombre del señor Mahú en la lista, apuntando el motivo, como es muy natural.

Sacó su lápiz y desplegó la lista de deudores.

— Decíamos Mahú..., Mahú... Aquí está... Perfectamente...

Mojó su lápiz, apoyó la lista sobre la pared, y, con su hermosa letra de furriel, caligrafizó el motivo:

— No ha pagado porque se ha muerto.

Y, consumada la obra, el Destino — ¡uno, dos!.. — se marchó con las letras vencidas a otra parte...

IV

Audacter calumniare, semper aliquid hæret.

BACON (*De Augmentis scientiarum*).

¿La calumnia, monseñor? No sabéis lo que desdenáis.

El Barbero de Sevilla.

Al día siguiente, a las dos de la tarde, Gastón Loiseleux, el aprendiz de Drillard, deseoso de renovar el aire irrespirable del taller, abrió de par en par la ventana.

El cielo había acabado al fin de derretirse en agua, pero, tomando su desquite, la calle, de un extremo a otro, humeaba como un cubo de legía. Del empedrado resbaladizo, del arroyo fangoso, de las aceras grendosas, de los respiraderos de los sotanos, de las pa-

redes enmohecidas se exhalaban vapores sofocantes de establecimiento termal que turbaban la vista y cubrían el rostro de una capa pegajosa.

El pueblo transpiraba.

Bajo la aspiración lenta de un pobre sol que parecía arder dentro de un globo de cristal opaco, el honrado pueblo restituía a la atmósfera lo que no le pertenecía.

Saturado de agua, respondía a la prodigalidad del cielo con la expulsión general de sus humedades, las devolvía a las nubes, reabasteciendo, en la medida de sus alcances, sus depósitos momentáneamente agotados.

A diez pasos, no se veía nada, a excepción de una gasa amarilla que hacía desencajar los ojos, y, sorbiendo aquellas acritudes fuliginosas, no se respiraba mejor que se veía.

Pasaron algunos hombres, apariciones indecisas, que surgían de la bruma. Marchaban con circunspección, con los brazos inquietos, dispuestos a restablecer el equilibrio cuya inestabilidad agravaba el estado viscoso del suelo.

Y para el joven Gastón Loiseleux, aquellas vacilaciones constituían un generoso manantial de voluptuosidades convulsivas.

— ¡Apuesto a que ése se cae!..

No hay dicha, por grande que sea, que no se acabe.

Un ágil hombrecito se dibujó en la niebla, y, muy turbado, Loiseleux se precipitó hacia un banco de carpintero sobre el que empezó a dar terribles golpes de maza.

Casi inmediatamente después, la voz de Drillard se elevó detrás de él:

— ¿Qué golpes son éstos, tunante?

— Mi amo, es esta cuña que no quiere entrar.

Loiseleux dió en ella dos o tres golpes más.

— ¡Uf!, exclamó; ya está...

Por respeto a la verosimilitud, creyó oportuno enjugarse la frente.

Pero Drillard había visto la ventana abierta.

— ¡Cierra la ventana, desdichado!..

¿No sabes lo que vamos a hacer?

El muchacho obedeció, y seguidamente contestó:

— No, mi amo, no lo sé.

Drillard se había quedado pensativo.

— Escucha bien lo que voy a decirte, muchacho. Mi difunto padre que en gloria esté... ¡Ah!, él sí que apomazaba bien... Hoy ya no hay quien apomace...

Meneando la cabeza, calló, abrumado por una pena. Y hubiera sido difícil precisar lo que sentía más amargamente, si la muerte de su padre o la desaparición del secreto de tan perfecta alisadura.

El hombre continuó:

— Mi difunto padre tenía educación, buenos modales y lenguaje distinguido. No hablaba más que por medio de sentencias y conocía todos los refranes. Un día..., tendría yo tu edad..., entró en el taller y me dijo:

»Adonis, adivina este acertijo:

»El que la hace la cobra; el que la encarga no la emplea, y el que la emplea no la ve. ¿Qué cosa es?

Contesta, muchacho.

Loiseleux se apresuró a contestar:

— Es..., es... Déjeme pensarlo un rato, mi amo.

Simuló una grande contención de espíritu, torció horriblemente la vista hacia la nariz como si esperase de ésta una revelación luminosa, y, secretamente, saboreaba la alegría de no hacer nada.

— No lo adivinarás... Yo tampoco lo pude adivinar cuando mi padre me lo preguntó... Es el ataúd, ¡tonto!.. ¡Vamos, fuera pereza! ¡Vamos a trabajar para el Sr. Mahú!

Entre las tablas destinadas a ese uso, Drillard escogió seis de buen roble que palpó cuidadosamente para asegurarse de su solidez.

Cogió luego su regla flexible, su lápiz plano, sacó un papel y murmuró varias cifras. ¡Tanto por cuanto! Porque, entonces, el expofesor de Matemáticas se reducía sobriamente a dos números. No era más que tanto por cuanto. Y es la suprema manera de ser todavía algo en la tierra antes de no ser absolutamente nada.

— Yo hubiera dicho que era más alto, observó Drillard con melancolía.

Y añadió suspirando:

— ¡Pobre señorita!

(Se continuará.)

TENDENCIAS DE LA ESCULTURA JAPONESA MODERNA

Del artículo «*Modern tendencies in Japanese sculpture*», recientemente publicado por el profesor Jiro Harada en la notable revista inglesa «*The Studio*»,



Kasho, discípulo de Buda, por Yoshida Homei

tomamos las ideas que exponemos en estas notas a propósito de los grabados que en ésta y en la siguiente página publicamos.

Más que en la pintura y en otras ramas de las Bellas Artes la influencia occidental se nota en la escultura japonesa moderna, sobre todo desde que en los cursos de la Escuela de Bellas Artes de Tokio se ha introducido el modelado en arcilla, procedimiento que ha reducido muchísimo el trabajo de los artistas japoneses y que era necesario a causa de la erección de estatuas de bronce en las plazas públicas, lo cual era una novedad en el Japón. Cierta-



Un campesino, por Kitamura Masanobu

que en Nara y Kamakura existían ya gigantescas estatuas de Buda, en bronce, así como estatuas menores ejecutadas en madera, bronce y laca, de Buda,

Kwannon (la diosa de la misericordia) y de otros santos y religiosos; pero fueron erigidas para servir de objeto de veneración y como ofrecimientos votivos. La práctica de perpetuar con bronceas estatuas los grandes héroes es moderna en el Japón. Hasta aquí esas estatuas habían sido erigidas en el interior de cuevas o protegidas por tejadillos. Y aun en el caso de las de Yizo, deidad protectora de los niños, que invariablemente están al aire libre para representar su costumbre de perambular por las calles haciendo bien, el pueblo las viste o las cubre con un *kasa*, sombrero de bambú, o con otro tegumento cualquiera. Aun la inmensa estatua de Kamura que representa a Amida estaba antiguamente encerrada en una *tokonoma*, capilla. Todo esto explica que hasta hace poco no se hayan erigido en el Japón estatuas de los héroes al aire libre.

La primera que se levantó fué la de Kusomoki Masashige, héroe de principios del siglo XIV. Erigióse enfrente del palacio imperial de Tokio, y después, especialmente a partir de la terminación de la guerra ruso-japonesa, hace menos de veinte años, empezó a levantarse en las plazas públicas estatuas, no muy recomendables empero desde el punto de vista artístico, y esto a causa de que el desarrollo del arte glífico en el Japón no puede por menos de sufrir de la influencia religiosa a que antes nos hemos referido, y que se distinguía notablemente por sus tendencias idealistas.

La escultura moderna se ha dividido en dos campos: uno para las estatuas religiosas de ornamento en la *tokonoma*; otro para las estatuas colocadas en público. En el primero rige en todo su vigor el arte nipón; en el segundo domina, cada día más, la influencia europea.

Estas diferencias y tendencias aparecieron de un



En el límite de la edad, por Ogura Uichiro

modo manifiesto en la última Exposición Artística de Mombusho. De treinta y cinco obras escogidas de las expuestas, diez estaban talladas en madera, cuatro en mármol, tres en bronce y las restantes en barro.

Las de madera eran sobresalientes, y en ellas mantienen aún los japoneses la alta posición que críticos y aficionados les han asignado. La figura de *Kasho*, un discípulo de Buda, con su casi imperceptible sonrisa, muestra la tendencia de los últimos años a dar suma importancia a la expresión de los sentimientos íntimos, al tiempo mismo que el escultor procura mantenerse fiel a la expresión delicada y graciosa de líneas y forma.

El *Campesino* de Kitamura Masanobu está ejecutado a la europea, y ésta y otras buenas cualidades se advierten en las figuras de Ogura Uichiro y Tatehata Daimu. Encantadora es la originalidad de *El aniversario de la victoria* de Shinkai Taketaro, un soldado inválido con muletas; *Mi madre*, busto de Asakura Fumio, fué sumamente admirado de los inteligentes.

La *Joven del periodo Fujiwara*, precioso boceto en madera, del escultor Naito Shin, es una talla delicada, que sugiere clara y sencillamente la vida tranquila y feliz de aquel período.

Kasho, *Joven del periodo Fujiwara* y *El aniversa-*

rio de la victoria son obras destinadas a ornamentos de *tokonoma*; las demás que hemos mencionado fueron ejecutadas según la escuela occidental.



El aniversario de la victoria, por Shinkai Taketaro

Al tratar de las tendencias de la escultura moderna en el Japón no puede menos de mencionarse a Augusto Rodin. Es el idolo de los escultores japoneses, que le deben la tendencia de pretender expresar en sus obras las emociones profundas, y sobre todo no «reducir a la Naturaleza a esos contornos tan secos, fríos y escuetos que no tienen ningún parentesco con la verdad».

A pesar de su buena voluntad, los escultores japoneses, como los pintores al óleo del Japón, tropiezan con una gran dificultad: la carencia de buenos modelos. Se quejan de no hallar una belleza física



Mi madre, por Asakura Fumio

bien desarrollada. Donde más ocurre esto es con las mujeres. Las curvas hermosas, las graciosas líneas, son muy difíciles de encontrar en la mujer japonesa,



En la playa, por Tatehata Daimu



Joven del período Fujiwara, por Naito Shin

aunque no carezca ésta de gracia y encanto en sus líneas y movimientos cuando viste el kimono, a propósito para borrar las líneas defectuosas del cuerpo. Esto es en realidad una gran desventaja al tratarse del desnudo. Por muy real que sea una obra en esta materia, produce frecuentemente una impresión de imperfección.

Ejemplos de esto los hay abundantes aun en el dibujo japonés, que se desarrolló con fuerte tendencia idealista. Los occidentales se maravillan de que los artistas nipones, tan hábiles al copiar otras cosas, fracasen al dibujar perros y caballos. Pero la verdad es que los perros y caballos japoneses no están tan desarrollados como sus congéneres de Occidente.

Esto dificulta la marcha hacia la armonía de los ideales escultóricos y pictóricos de Oriente y Occidente.

A pesar de las tendencias occidentales, los escultores japoneses no han sabido aún encerrar en sus obras el secreto del movimiento. Apenas si expresan la acción, les falta ese algo noble y hondo con que están inspiradas las obras de Rodin. - P.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

Paris
Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Ejerce y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDÈS
B^a St-Denis, 46

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
**CALICIDA
ESCRIVA**

ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

COMPETENTE
Fábrica de Camiones-Automóvil
de Alemania solicita
Representante General
activo para encargarse de la venta de sus camiones y omnibuses-automóvil reconocidos como de primera calidad. Señores del ramo con buenas relaciones dirijan ofertas bajo
K. V. 8949 A RUDOLF MOSSE,
Colonia (Alemania).

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holtz.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas.
Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.
Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.
Talleres para la instrucción práctica.
Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.
Programa etc. gratis de la secretaria.

PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · **MOSAICOS BARCELONA**
ORSOLZ · SOLZ · Y · C



Melilla. - Formidable incendio que destruyó varios barracones del mercado. (De fotografía de Lázaro.)

El día 18 del mes pasado estalló un terrible incendio en el mercado de Melilla. Inicióse el fuego en algunas barracas de madera de antigua construcción y rápidamente se propagó a los puestos cercanos, quedando todos destruídos enteramente.

El incendio tomó proporciones alarmantes, amenazando propagarse a los edificios próximos, en los que hay el depósito de ganado del cuartel de Taxdirt, la panadería de la Intendencia y las oficinas de la Junta de Arbitrios. A pesar de los titánicos esfuerzos de los bomberos y de las fuerzas de la guarnición, que se presentaron inmediatamente en el lugar del suceso, algunas chispas incendiaron el local de la Junta de Arbitrios, destruyendo el departamento de las oficinas de policía, las habitaciones del archivo, sección de orden público, y el despacho de los inspectores, y propagándose luego a la oficina del ingeniero municipal, en la que las llamas destruyeron parte de la documentación, los muebles y otros enseres.

También se incendiaron varios establecimientos que los hebreos tenían instalados en la planta baja del edificio de la Junta de Arbitrios.

Los bomberos trabajaron con heroísmo para localizar el fuego, y las autoridades, con el comandante general Villalba al frente, acudieron al sitio del incendio desde los primeros momentos y dictaron acertadas disposiciones para que el fuego no se propagase a los edificios próximos.

Varios industriales establecidos en el mercado han quedado reducidos a la mayor miseria. El mercado componíase de cuatro grandes naves, que han quedado todas destruídas, y se hallaba situado en una gran explanada rodeada por el cuartel de la guardia civil de caballería, por muchos barracones, por el cuartel de caballería de Taxdirt, por la Intendencia y por el depósito de ganado. De haber reinado fuerte viento poniente, todos estos barracones y cuarteles habrían sido destruídos.

DENTIFRICOS HIGEZA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

INSTITUTO POLITÉCNICO FRANKENHAUSEN
Kyffh (Alemania)
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉQUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para la rápida curacion de las *Afecciones del pecho, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo, recomendado por los primeros médicos de Paris. Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

PÍDASE **LEITZ** PROSPECTO J.A.

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único Inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN